

Francisco Carantoña falleció el pasado lunes. Figura excepcional que marcó toda una época del periodismo asturiano, con sólo 28 años se hizo cargo de la dirección del periódico local gijonés «El Comercio», en el que también firmó como Till. Este era el Gijón, de apenas 124.000 habitantes, que le recibió en 1954

El Gijón que recibió a Till

En 1954, cuando el periodista Francisco Carantoña llegó para integrarse en la ciudad, ésta comenzaba a olvidar la guerra

J. M. CEINOS

En el último cuatrimestre de 1954, cuando el joven químico y periodista de 28 años Francisco Carantoña Dubert se hizo cargo de la dirección del periódico, el Sporting estaba en crisis, Gijón tenía algo menos de 124.000 habitantes y España 28.638.977, sin contar los territorios africanos.

Tras la durísima posguerra, a mediados de los cincuenta, la hambruna de los cuarenta empezaba a ser un triste recuerdo y la ciudad era acogedora, suburbial y obrera. La redacción a la que llegó Till todavía estaba en el número 24 de la calle de Santa Lucía, a espaldas de Corrida, y los teléfonos tenían cuatro dígitos.

La Liga en Segunda División había empezado con apuros para los rojiblancos. Robustiano Viña, «Rovi», cronista futbolístico del diario, titulaba, tras la primera victoria del Sporting en El Molinón, frente al Eibar (2-1), que «ya se ha ganado un partido, pero con apuros». Y de sumario: «La vieja verdad de que sin interiores no hay equipo». Nada nuevo bajo el sol balompédico.

El Sporting, tras dos etapas en Primera (de 1944 a 1948 y de 1951 a 1954), volvía a Segunda, donde también estaban el Real Oviedo, la UD La Felguera, el Caudal Deportivo y el Real Avilés. La entidad estaba entonces dirigida por una junta gestora y a los Sión, Armendáriz, Sagrado, Rionda, Medina, Molinucu, Sánchez, Ortiz, Prendes, Glaría y Somoano los entrenaba Francisco Campos.

La recaudación media de un partido en El Molinón ascendía a 114.000 pesetas y las fichas y sueldos, a dos millones y medio. Los periódicos costaban una peseta, el Sporting se reforzaba con Menéndez II y Kubala brillaba en el Barcelona.

El otro diario local de la villa era «Voluntad», nacido tras la guerra civil de la mano del Movimiento Nacional. Lo dirigía otro gallego como Carantoña, Federico Miraz. Y la Asociación de la Prensa editaba la «Hoja del Lunes».

En la Casa Consistorial de la plaza Mayor se sentaba en el sillón de la Alcaldía José García Bernardo y de la Sala, que lo fue de 1948 a 1958. La Corporación manejaba en 1954 un presupuesto que no llegaba a los 37 millones de pesetas y en «Voluntad» Rovés dibujaba todos los días, desde la primavera de 1951, su «Gaviotu», el personaje más «playu» de la historia de la prensa gijonesa.

Las redacciones de los periódicos todavía conservaban la estructura decimonónica, con la gran mesa donde escribían los redactores, y su tamaño era «sábana», la mitad más grande que los actuales. Alfredo García, «Adeflor», que desde los años veinte dirigía el diario, se había jubilado, y el timón del



ARCHIVO DE MIGUEL FANJUL. REPRODUCCION DE ISAAC RUBIO

En la fotografía superior, una vista de la Fábrica de Moreda a finales de los cincuenta, con la costa oeste al fondo. A la derecha, detrás del gasómetro, los dos hornos altos, donde ahora se levanta la nueva Comisaría. En la imagen de la izquierda, Carantoña y su esposa, Cruz Álvarez Requejo, en un almuerzo en el Centro Asturiano.



ARCHIVO DEL CENTRO ASTURIANO. REPRODUCCION DE DANIEL MORA

decano de la prensa asturiana estaba en manos de un joven periodista gijonés, Francisco Ignacio Taibo, que firmaba como PIT y era redactor-jefe. Al poco tiempo de la llegada de Francisco Carantoña, PIT

ganó el premio «Naranco» de novela corta con la obra «Juan M. N.» y escribía en la primera del periódico una sección que se titulaba «Tránsito de las ballenas».

En aquel Gijón de barrios socio-

lógicamente bien marcados, calles embarradas y tertulias en los cafés de Corrida, el fútbol era rey, y los de La Arena tenían sitio «acutado» en el cine Campos Elíseos, que publicitaba en los periódicos «pantalla panorámica y sonido en relieve».

Los jóvenes tomaban «compuestas» y se divertían en el parque Gijonés, en el Náutico o en Somió Park, y se trabajaba en los astille-

ros, en la Fábrica de Moreda, en Gijón Fabril y en multitud de empresas emplazadas en El Natahoyo y La Calzada.

El centro de la villa era pequeño, y los barrios, comunicados por las líneas de tranvías, de casas obreras tristes. El parque de Isabel la Católica todavía no se había terminado, como la Universidad Laboral, y en Las Mestas había carreras de galgos. Se estudiaba en el Instituto Jovellanos, en la Escuela de Peritos, en la de Comercio y con los jesuitas de la Inmaculada y con los claretianos del Corazón de María.

El paseo del Muro todavía tenía sol todo el año. La especulación urbanística no llegaría hasta los años sesenta, cuando Gijón creció desorbitadamente y en 1970 llegó a los 187.000 habitantes con Uninsa y el desarrollismo tecnocrático.

Pero el lector de periódicos de 1954 desayunaba con noticias como la muerte del escritor y filósofo Eugenio D'Ors, la concesión del premio Nobel de Literatura a Hemingway, la apertura del año académico en la Universidad de Oviedo a cargo de su rector magnífico, el gijonés Torcuato Fernández Miranda. También con la botadura del «Nautilus», el primer submarino atómico o que los sabios rusos aseguraban que podrían mandar un cohete a la Luna, aunque el resto de los especialistas mundiales lo dudaban mucho. Con el 80.º cumpleaños del primer ministro británico, Winston Churchill o la muerte de seis obreros en una campana neumática de las obras de la factoría de Ensidesa de Avilés.

Una ciudad provinciana, pausada y también dinámica, que se preparaba para el reto de ser, una vez más, el motor de Asturias.

Carantoña

Luis Meana

Creo que fue Jack Nicholson, dios de la interpretación, quien dijo que el día que muriese Brando todos los demás actores subirían un peldaño en el escalafón. Eso mismo nos ha sucedido ahora a todos los que, bien o mal, nos dedicamos a esta caprichosa artesanía de la pluma: que la muerte, agria y seca, del Marlon Brando del periodismo asturiano, Francisco Carantoña Dubert, nos ha elevado a todos un peldaño en el escalafón. Carantoña fue un señor intelectualmente francés, creado por Dios a imagen y semejanza de «Le Monde», pero que, al contacto con el cálido y húmedo útero de Gijón, se convirtió en Till. Y esa transubstanciación le salió tan bien que dejó atrás incluso a Adeflor.

De entre todos los enigmas y paradojas que puedan descubrirse

en la vida de este hombre complejo, y muy dueño de su pluma, la más grande es que sea una persona venida de una ría lejana y de un racionalismo cartesiano la elegida para convertirse en el oráculo por el que hablaba el corazón anárquico y melancólico de Gijón, ese espíritu huidizo y fugaz que nunca se ha dejado fijar en ninguna Lonja ni Universidad, en ninguna iglesia ni catedral, y que siempre huye y fluye como si fuera imposible de apresar. Pero, como ya anuncia el evangelista, el espíritu sopla cuando quiere y como quiere. Y nadie le va a decir lo que tiene que hacer. Así que Carantoña fue la carne mortal en la que se encarnó Till, y Till el ventrílocuo por el que hablaba el espíritu santo de Gijón.

Pierde ahora Gijón a su ventrílocuo y a su voz, y no sabemos ni

cuándo ni en quién volverá a reencontrar, que Gijón es muy humilde y muy soberbia a la vez, y muy pocas almas le sirven para reverberar.

Huérfanos de nuestra nada, sólo nos queda esperar a que un dios, menos cruel, nos devuelva un nuevo tabernáculo de papel en el que adorar a esa vestal industrial llamada Gijón, amor de nuestros amores. Quizá entonces podamos volver a saborear en el periódico la flor que está a punto de nacer, la argucia a despreciar, qué carretera hay que recorrer o cómo cae a la mar la triste hoja otoñal. Que todo eso es lo que nos refería cada día, atildado y sentimental como era, Till.

Como en el «Fedón» de Platón, podríamos acudir al consuelo de que se va Carantoña, pero queda colgado en el armario público el

traje que siempre vistió: «El Comercio». Pero ese traje ya nunca será lo mismo que fue sin la columna que siempre lo insufló y lo iluminó: la de Till. Gijón, ya huérfano, eleva sus ojos al cielo buscando el espíritu de Till. Que se ha ido para siempre para estar ya siempre presente: lo oiremos llover cada vez que un árbitro nos la arme en El Molinón, alegrarse cada ve que algún joven atleta local marque un milagroso gol, correrá omnipresente por las semioscuras calles de la ciudad y sobrevendrá entre el orbayu penetrante de Gijón. Descanse en paz este oráculo de Gijón, que, como el de Delfos, nunca se cansó de repetirle a los gijoneses la vieja y sabia recomendación del conócete a ti mismo. Y defiéndete de Oviedo.